

NUEVAS **TENDENCIAS.**



Universidad
de Navarra



EMPRESA Y
HUMANISMO

#99
DICIEMBRE 2017



Angela Merkel: imagen y realidad

EL LIDERAZGO DE MERKEL, ADMIRADO Y ALABADO EN TODO EL MUNDO, SE PONE A PRUEBA TRAS LOS RESULTADOS DE LAS ÚLTIMAS ELECCIONES EN ALEMANIA

ALEJANDRO NAVAS

NARRATIVAS DE LA CRISIS ECONÓMICA

ÁNGEL ARRESE

COMUNICACIÓN POLÍTICA E INCERTIDUMBRE

MARTA REBOLLEDO

LA EMPRESA PRIVADA Y EL POPULISMO

VICENTE CARRILLO-BATALLA L.

INEQUALITY STRIKES BACK

ANTONIO MORENO IBÁÑEZ

El prestigio de Felipe González creció de modo notable en Alemania a finales de los ochenta y comienzos de los noventa. Las causas: la culminación de la integración española en Europa –UE y OTAN— y el apoyo de González a la reunificación alemana, en contraste con la frialdad de François Mitterrand o Margaret Thatcher. España tenía mucho menos peso político que Francia o Gran Bretaña, pero la decidida actitud de Felipe González le llegó al alma a Helmut Kohl y cimentó una sólida amistad entre los dos. En mis habituales viajes a Alemania, apenas conseguía que mis interlocutores advirtieran las sombras de la gestión de González en política interior –corrupción, terrorismo de Estado—. Esas manchas no eran para ellos más que peccata minuta, incapaces de emborronar el expediente europeísta de nuestro líder. Mutatis mutandis algo similar ocurre hoy con Angela Merkel: goza de un indiscutible prestigio en Europa –y en buena parte del mundo—, mientras que divide las opiniones de sus compatriotas.

Ese reconocimiento universal desconcierta si tenemos presente que Angela Merkel carece de todo carisma. Tal vez por eso se la infravaloró al comienzo de su carrera política: nadie apostaba por ella. Su perfil bajo se advertía ya en el carácter asexuado de su figura, que mostraba la típica ausencia de coquetería del personal femenino de servicio en las parroquias luteranas, donde la funcionalidad se impone al brillo personal y la individualidad queda relegada a segundo plano.


Dos características marcan su carrera política desde el comienzo: dedicación incansable y autodisciplina. Merkel trabajaba mucho, pero con un especial cuidado



|||||||
**Merkel
trabajaba
mucho,
pero con
un especial
cuidado por
no llamar la
atención**
■■■■■

por no llamar la atención. Su acceso al poder vino facilitado por dos circunstancias inesperadas que supo aprovechar con oportunismo: el escándalo de la financiación ilegal de la CDU, que acabó con Helmut Kohl, y la Agenda 2010, que sumió en la crisis a la coalición de gobierno del SPD y Los Verdes. Se puso término así a la hegemonía de Gerhard Schröder y Joschka Fischer, dos machos alfa que habían dominado como pocos la escena política alemana. Les sucedió una gris y discreta Angela Merkel y el contraste no pudo ser mayor. Ese perfil bajo fue la mejor vacuna contra la arrogancia que llevó a la perdición a Gerhard Schröder. Merkel huye de toda estridencia y no se

significa por nada especial. Bajo el régimen comunista de la Alemania oriental no destacó como activista a favor de la libertad y los derechos humanos. En cambio, supo aprovechar el desmoronamiento del sistema comunista para dar el salto a la política y hacer carrera con rapidez. Proceder de la Alemania oriental y ser mujer ayudaban a medrar en los partidos políticos occidentales. Su trayectoria la convierte en toda una experta en el arte de la supervivencia. Pasar de ser “la niña” de Helmut Kohl a convertirse en la mujer más poderosa del planeta no está al alcance de cualquiera, y mucho menos si se hace con el aire menos pretencioso del mundo. Claro que



una transformación así solo se explica con una férrea determinación y un agudo sentido estratégico: tras esa fachada de mosquita muerta hay una enorme voluntad de poder.

Merkel ha mantenido hasta el día de hoy ese aire modesto, casi humilde, pero estamos ante un animal político al cien por cien que, una vez logrado el poder, lo defiende sin contemplaciones. Maneja con habilidad la retórica de TINA (There is no alternative) que hizo popular Margaret Thatcher. Como todos los líderes de envergadura, no soporta a su lado políticos que puedan llegar a hacerle sombra, y así se ha ido desembarazando de posibles rivales y sucesores. Y todo sin aspavientos, con el aire de la matrona que no hace más que imponer la necesaria disciplina a unos chiquillos revoltosos.

En la CDU ha desaparecido incluso la idea de una alternativa a su liderazgo, lo que puede explicar en buena medida que el partido que ha surgido a su derecha se llame justamente Alternativa para Alemania (AfD). La mera presencia de Angela Merkel al frente de su partido hace incluso innecesaria la elaboración de un programa electoral: ella misma es el programa. La expresión “ustedes ya me conocen” bastó como lema para las recientes elecciones.

Una de las mayores habilidades de Merkel radica en su capacidad para convertir debilidades en fortalezas. La timidez y la inexpresividad se convierten en acribia científica, que recuerda su formación en ciencias físicas. Es notoria su limitación retórica, que también ha sabido convertir en virtud: en lugar de elaborar discursos brillantes pero vacíos, decir la verdad con sencillez. Es igualmente una maestra en el uso

del silencio, que desconcierta a los interlocutores y sofoca el posible debate. Claro que este modo de obrar va siendo desenmascarado por sus críticos, que le han planteado serios problemas durante la última campaña electoral.

Una vez consumado el “asesinato del padre (Helmut Kohl)” y tomadas las riendas de la CDU, Merkel puso manos a la obra a la tarea de “modernizar” el partido. Lo ha logrado en un tiempo récord, sin levantar la voz, casi sin oposición y con una radicalidad que nadie fue capaz de prever. Se dice con fundamento que la CDU es hoy el mejor SPD, la que más fielmente representa las esencias socialdemócratas. También ha ido de pesca en los caladeros medioambientales, y con el fulgurante abandono de la energía nuclear tras el desastre de Fukushima dejó a los sorprendidos verdes casi sin programa. Claro que ese giro de la CDU a la izquierda dejó un vacío a su derecha que ha colmado de momento la Alternativa para Alemania.

En cierto modo, esa metamorfosis tan rápida y profunda de la CDU fue posible por el origen excéntrico de la propia Angela Merkel, un cuerpo extraño, venido de fuera, que por eso mismo no tenía particulares lazos ni compromisos que respetar: no se sentía especialmente vinculada ni con la tradición ideológica ni con los pesos pesados del partido. Su apariencia inofensiva e insignificante permitió que fuera haciendo carrera sin despertar celos; cuando el viejo aparato intentó reaccionar, ya era tarde: había sido decapitado casi sin darse cuenta.

Si con el brusco rechazo de la energía nuclear se apropió de la principal reivindicación verde, con la política de brazos abiertos

a inmigrantes y refugiados dejó a la socialdemocracia sin la bandera solidaria y cosmopolita. Como quien no quiere la cosa y sin debate previo, sometió al pueblo alemán a la prueba más exigente desde el final de la segunda guerra mundial. Y para justificar esa política de enorme trascendencia no hizo más que formular la muletilla “lo conseguiremos”. Durante cierto tiempo, el pueblo alemán siguió a su canciller sin apenas rechistar. A la parálisis fruto de la sorpresa se unió el tradicional talante disciplinado de los alemanes. Además, Merkel contó en todo momento con el apoyo de los medios de comunicación más influyentes, así como de las iglesias católica y luterana y del propio Papa Francisco. La superioridad moral de su política parecía incuestionable. La gente de a pie, que tenía que afrontar el reto logístico de la integración de los recién llegados, no daba crédito a sus ojos, pero guiada por su buen corazón —el pueblo alemán merece un homenaje por su generosa respuesta— se centraba en la tarea de atender a los necesitados. Poco a poco se fueron incubando la crítica y el descontento hacia un gobierno tan sensible a las necesidades de los de fuera como desconsiderado hacia las propias. El episodio de la Nochevieja de 2015 en Colonia, con cientos de agresiones sexuales a mujeres alemanas a manos de inmigrantes musulmanes —en su mayoría, del Magreb—, resulta paradigmático de ese modo de proceder: negación inicial de los hechos por parte de las autoridades, complicidad de los medios de comunicación, que de entrada no informaron sobre lo ocurrido (fue la ciudadanía, a través de las redes sociales, la que obligó al Estado y a los medios a ocuparse de este asunto). Más que de hacer justicia y de velar por la paz y la libertad, se trataba de no molestar a los huéspedes

|||||

**Pasar de ser
“la niña” de
Helmut Kohl a
convertirse en
la mujer más
poderosa del
planeta no está
al alcance de
cualquiera**

des extranjeros. En fin, el buenismo típicamente occidental en su más pura expresión. No sorprende que la problemática de la inmigración se haya convertido en la principal baza programática de la Alternativa para Alemania, un partido creado por un grupo de profesores universitarios de economía con el propósito de luchar contra el euro.

Se ha ponderado repetidas veces la influencia de la fe cristiana en el quehacer político de Angela Merkel. A este respecto, su estilo es más cercano al de los presidentes estadounidenses, que tienen siempre a Dios en los labios, que a la sobriedad propia de los líderes europeos, más reticentes a la hora de exteriorizar convicciones religiosas. Ella misma ha reiterado la importancia de la fe para su política, y cómo obtiene luces y fuerza de la oración al afrontar situaciones difíciles. Parece indudable que la caridad de raíz evangélica fue determinante en su decisión de abrir las fronteras alemanas a los desplazados por la guerra y por el hambre. Expresado en términos weberianos, se podría decir que la ética de la convicción se impuso a la ética de la responsabilidad, lo que resulta inusual en la política de alto nivel. El moralismo derrota por una vez a la Realpolitik y al Estado de derecho, aspecto este último al que no se ha prestado mucha atención en el debate público.

La cristiana que no esconde su fe, que se inspira en la meditación de la Palabra de Dios, que se deja guiar por las exigencias de la moral cristiana al imponer una dura prueba a su país, no tiene reparo en facilitar la aprobación del matrimonio homosexual al más puro estilo merkeliano: sin debate previo y casi por sorpresa. Que ella misma votara en contra en el Parlamento puede in-

terpretarse como refinada expresión de cinismo, pues sabía que el asunto estaba decidido. Y una vez más, les rompió el saque a tirios y troyanos. Por ejemplo, Los Verdes acababan de anunciar en su último congreso, previo a las elecciones y con la mirada puesta en una posible coalición gubernamental, que la aprobación de ese matrimonio era condición imprescindible para sentarse a negociar. Dicho y hecho; cuando se trata de eliminar obstáculos para el logro o el mantenimiento del poder, la velocidad de reacción de la Merkel es insuperable.

Como tantos otros líderes acostumbrados al poder y mimados durante un tiempo prolongado por el éxito, Angela Merkel ha desarrollado el “síndrome de la infabilidad”: ella siempre tiene razón y todo lo hace bien. Le ha costado admitir el relativo fracaso de las últimas elecciones. Por mucho que insista en que la CDU ha sido la fuerza más votada, ni ella ni el partido han podido ignorar la desafección electoral. Los (malos) políticos que salen malparados de las urnas suelen echar mano de un doble argumento para justificar la inesperada debacle: “el pueblo no ha entendido nuestro mensaje” o, menos arrogante pero también condescendiente, “no hemos sabido comunicarlo de modo adecuado”. Merkel parece no haber aprendido del varapalo electoral. Se ve obligada a reconocer que ese resultado decepcionante “está vinculado a mi persona, eso está claro” (no podía ser de otra manera cuando el programa electoral de la CDU se limitaba a la persona de su candidata), pero añade a continuación: “Considero acertadas las decisiones adoptadas durante mi gobierno, de las que me siento particularmente responsable. No consigo identificar qué cosas hubiéramos debido hacer de otra ma-

nera”. Una vez más, la invocación de TINA exime de la incómoda tarea de hacer examen de conciencia y, en su caso, propósitos de enmienda.

Llama la atención su incapacidad para reconocer las demandas insatisfechas de una parte considerable de su electorado tradicional, que en señal de protesta ha votado ahora a la Alternativa para Alemania. Tantos años en la cima, rodeada de pretorianos leales, tienen como consecuencia el aislamiento y la ignorancia de las preocupaciones reales de su gente: la afluencia incontenible de refugiados e inmigrantes, el aumento de la criminalidad, la amenaza terrorista, una política europea que implica transferencias a fondo perdido a otros países con cargo a los bolsillos de los contribuyentes alemanes. No basta con ofrecer seguridad y estabilidad, receta con la que Angela Merkel había triunfado hasta el momento y con la que se ha labrado un merecido prestigio internacional. La paciencia de la ciudadanía tiene un límite y Merkel tendrá que hacerse cargo de sus necesidades si quiere evitar el destino de sus predecesores. El renombre internacional no resuelve por sí solo los problemas domésticos.

Es verdad que de momento no hay alternativa al liderazgo de Merkel en la CDU, pero su autoridad empieza a erosionarse de modo visible. Los críticos hablan cada vez más alto y con menos miedo. La cuestión sucesoria no se ha planteado abiertamente (todavía), pero se le echa en cara la incapacidad para encajar la crítica y reconocer los errores. Durante el mes de noviembre hemos asistido a un episodio bien revelador del clima de opinión que se difunde en el partido: la elección del nuevo presidente de la Fundación Konrad Adenauer. Se trata de



un cargo importante, que va mucho más allá de lo meramente honorífico, aunque se reserva de modo tradicional para viejas glorias. Merkel tenía una candidata para ese puesto, Annette Schavan, actual embajadora de Alemania en el Vaticano, que se ha visto “obligada” a renunciar a la vista de las críticas suscitadas en el seno de la propia fundación. Como es obvio, el rechazo a Schavan apunta en última instancia a la propia Merkel.

Voy a repasar a continuación la situación en que quedan tras las elecciones CSU, SPD, AfD y FDP. Omitiré en este recorrido a Los Verdes y a La Izquierda, que continúan básicamente como estaban.

CSU y SPD, AL BORDE DEL ABISMO

Con el mal resultado que comparten CDU, CSU y SPD se confirma la crisis de los denominados “partidos de masas”, hegemónicos durante decenios. CDU/CSU y SPD reunían en los años setenta el 90 % de los votos; en los ochenta, en torno al 80 %. Todavía en las elecciones

de 2002 consiguieron atraer al 75 %. En 2009, al 56 %; en 2013, al 67 % y ahora, en 2017, han alcanzado el 53 %. El declive parece inexorable. El SPD anunció que ni siquiera hablaría sobre coaliciones para formar gobierno y que emigraba a la oposición.

La CSU ha sufrido un retroceso notable, y en lontananza se insinúa la peor de las pesadillas: la pérdida del gobierno de Baviera en las elecciones regionales de 2018. Buena parte de los votantes tradicionales de los socialcristianos han optado en esta ocasión por la Alternativa para Alemania y por los liberales. El liderazgo de Horst Seehofer que, como es tradicional en el partido, gobierna con una mezcla de patriarcalismo y despotismo, se ve cuestionado. Incluso se ha abierto el melón de la sucesión, que de repente parece estar maduro. Cunde el nerviosismo: perder el gobierno regional sería una auténtica catástrofe, algo simplemente inimaginable hasta hace muy poco. Baviera y CSU forman un binomio en apariencia inseparable.

Al igual que la CDU, tampoco el SPD ha mostrado sensibilidad para conectar con las verdaderas inquietudes de la calle

Hay muchos intereses creados y una amplia red de clientelismo: perder tanta prebenda pondría en la calle a muchas personas, en lo que sería una catástrofe social. Le ha ocurrido a la CSU lo mismo que al SPD: al formar parte del gobierno federal, han tenido que dejar importantes jirones del programa en aras del mantenimiento del poder. Así, la CSU ha tenido que escorarse hacia su izquierda, y el SPD hacia su derecha, con idéntico resultado: el alejamiento de importantes sectores de su electorado tradicional, que han percibido esas concesiones como una traición.

El SPD atraviesa la mayor crisis de su historia reciente y corre peligro de convertirse en un partido minoritario e irrelevante. Todo un trauma para la agrupación socialdemócrata más antigua y potente de Europa. De repente, los socialistas alemanes tienen que mirarse en el espejo de sus correligionarios franceses, holandeses o griegos, algo que resultaba impensable en el pasado reciente.

El SPD sufre la crisis común a toda la izquierda occidental, que no acaba de ubicarse en las sociedades modernas y globalizadas. En gran medida, a consecuencia de su éxito histórico: una vez alcanzadas las reivindicaciones clásicas, es como si esos partidos hubieran perdido su razón de ser. El SPD paga, además, las consecuencias de tantos años de gobierno. Hemos visto antes cómo la CDU se ha movido hacia la izquierda, arrastrando consigo, a regañadientes, a la CSU; de modo paralelo, el SPD se ha desplazado hacia el centro. Todos los que suscriben un acuerdo de coalición deben ceder en aspectos programáticos, pero el junior lo tiene todavía más difícil. La condición de

El nombramiento de Martin Schulz como cabeza de lista y del partido ilusionó por un momento a los afiliados y a la opinión pública, pero ese efecto de novedad duró apenas unas semanas. Schulz no mostró especial capacidad para arrastrar a nadie, y aunque está dispuesto a dirigir el partido en la oposición, habrá que ver si logra consolidar su liderazgo. Al fin y al cabo, venía de fuera y deberá organizar su propia red de apoyos dentro del partido.

Ha sido la gran sorpresa de las elecciones: tercera fuerza en el Parlamento, algo con lo que muy pocos contaban. Gran parte de los comentaristas políticos extranjeros despachan sus análisis de este prodigioso ascenso con las etiquetas de xenofobia y neonazismo: craso error. Habría que evitar este tipo de simplificaciones, injustas con la realidad. El grueso del voto recibido

El partido surgió por la iniciativa de un grupo de profesores universitarios preocupados por el futuro del euro. Desde entonces, ha pasado por avatares y crisis, que se han saldado con la expulsión o salida voluntaria de gran parte de los fundadores. Los enfrentamientos, personales y programáticos, están a la orden del día y ponen en duda la consolidación del partido. Los pronósticos mejor fundados aseguran que el grupo no conseguirá mantenerse y acabará desapareciendo. La protesta y la capitalización del descontento pueden servir para movilizar a mucha gente en un determinado momento, pero a la larga no valen para establecer un proyecto político que aspire a cuajar en instituciones.

De momento, estarán muy presentes en el Parlamento, donde van a enriquecer el debate político (supuesto que consigan poner un poco de orden en su propio grupo parlamentario). Además de los parlamentarios, contarán con asistentes, técnicos y asesores, formarán parte de comisiones –incluso puede que presidan alguna de ellas–. En definitiva, van a intervenir en la programación de la agenda, lo que asegurará el tratamiento de aquellos temas que de verdad preocupan a la población y de los que el establishment berlinés apenas se había hecho eco. Resulta fácil pronosticar que la actividad del nuevo

Los liberales podrían considerarse los grandes triunfadores de la jornada electoral si no fuera por la AfD, que los superó con claridad. La vuelta al Parlamento constituye una gran victoria para el joven líder liberal, Christian Lindner, que reforzará su posición. Ha realizado un gran trabajo, y eso que no lo tenía fácil. El país disfruta desde hace años de una bonanza económica sin igual, con un gobierno socialdemócrata de hecho que reparte prestaciones y subsidios a diestro y siniestro. Las exportaciones baten récords anuales, cuesta encontrar trabajadores cualificados para cubrir las vacantes de las empresas, las finanzas públicas están más saneadas que nunca... Con esta coyuntura no resulta fácil vender el programa liberal que insiste en la iniciativa, la competencia y el riesgo aparejado a la libertad. Se diría que en un contexto así debería primar la seguridad, y con más razón si tenemos en cuenta las amenazas reales que ponen en peligro el modelo: inmigrantes y refugiados, terrorismo, delincuencia, crisis financiera europea.

El discurso liberal tradicional incluía casi un único argumento: la reducción de impuestos para liberar energías capaces de dinamizar la economía. En una fase de expansión económica, ese argumento deja fría a la gente. Lindner ha tenido la habilidad de enriquecer su narrativa con nuevos elementos: la mejora de la calidad en los colegios, algo



que preocupa a los padres; la ayuda a los fundadores de empresas, necesitados de financiación y de asesoramiento; el rechazo del rescate a cualquier precio de los países europeos que no cumplen con los criterios de Maastricht, frente al que el FDP se compromete a no permitir más infracciones a las reglas vigentes.

Ya he dicho antes que vamos a presenciar auténticos debates en el nuevo Parlamento alemán, y los liberales van a contribuir de modo decisivo a su enriquecimiento: habrá una voz que, frente al estatismo que va ocupando todos los resquicios del espacio social, reivindicará el papel irrenunciable de las personas y de la iniciativa individual. No será poco, en unos tiempos en que la libertad de los individuos pierde terreno ante el avance del Estado.

Por encima de discrepancias o coincidencias programáticas, las personalidades siguen teniendo un gran peso en la gestión pública

LA DIFÍCIL FORMACIÓN DE UN NUEVO GOBIERNO

La primavera de 2017 llegó para Merkel con un brillo especial: los sondeos otorgaban a la CDU/CSU el 40 % de los votos. Como también crecía el apoyo al FDP, todo parecía indicar que de las elecciones de septiembre saldría un gobierno de coalición formado por democristianos y liberales. Esta era, además, la combinación preferida por la mayoría de los alemanes, en respuesta a una pregunta habitual en los sondeos políticos. Como ya hemos visto, el inopinado ascenso de la AfD truncó esas expectativas. La crisis del SPD descartaba de entrada una prolongación de la “gran coalición” (que sería cada vez más pequeña). En una decisión prudente, nada más conocerse el recuento de votos, los socialistas eligieron la oposición: tendrían así un respiro

para lamer sus heridas e intentar recuperar la identidad perdida. De otra parte, a la contra es más fácil adquirir perfil.

El Parlamento recién elegido va a representar con más fidelidad el abanico de opciones políticas del electorado alemán. Se terminó el consenso por aplastamiento característico de la gran coalición. Todo hace suponer que no nos vamos a aburrir y que volverán a escucharse cosas interesantes en los debates. Esa mayor diversidad de grupos va a hacer también más difícil la formación del gobierno. Se trata, al fin y al cabo, de la situación normal en Alemania: desde su nacimiento en 1949, la República Federal de Alemania solo ha conocido gobiernos de coalición. Negociar con vistas a lograr un consenso que satisfaga a todas las partes es algo inherente

a la cultura alemana. Ese talante se expresa en el ámbito económico en la cogestión, que sienta a la misma mesa a representantes de la empresa y de los trabajadores. La búsqueda de acuerdos que puedan suscribir interlocutores con posiciones distantes asegura la estabilidad de la gestión, en la empresa o en el gobierno, aunque puede dificultar la adopción de reformas radicales, por esa necesidad de contentar a todos.

Descartadas la gran coalición y la repetición de las elecciones, todo apuntaba a la coalición Jamaica, integrada por CDU/CSU, FDP y Verdes. Hay dos precedentes de coalición entre democristianos y verdes en sendas regiones, con resultados opuestos: un ensayo de coalición jamaicana fracasó con estrépito en el Sarre, y otro intento ha despegado con éxito hace unos meses en Schleswig-Holstein.

Los cuatro partidos estaban “obligados” a aceptar ese envite, pues corrían peligro de empeorar sus resultados si se convocaran nuevas elecciones, que beneficiarían tan solo a la AfD. Y en términos positivos, había argumentos a favor de la viabilidad de ese gobierno. Los cuatro partidos defendían posiciones similares en asuntos de peso: la integración europea, la aceptación del acuerdo parisino sobre el clima, la disposición para aliviar la carga impositiva, el impulso de la digitalización.

Sin embargo, eran también patentes los motivos de discrepancia. El más destacado se da con seguridad en la política migratoria. La CSU propugnaba la fijación de un límite a la entrada de nuevos inmigrantes, medida rechazada por sus anteriores socios de gobierno – CDU y SPD-. Con elecciones regionales en 2018 y la AfD fortalecida en

Baviera, la CSU está obligada a exhibir algún triunfo si no quiere perder un gobierno que parece suyo por naturaleza. La CDU se ha mostrado conciliadora y acaba de aceptar un límite de 200.000 nuevos ingresos al año (según una encuesta reciente, el 60 % de los alemanes respalda la fijación de ese tope). Eso sí, con la cláusula de que esa cifra podría revisarse si se produjera una catástrofe humanitaria. Liberales y verdes se oponen de entrada a la fijación de contingentes, pero saben también que una política permisiva y no digamos descontrolada no haría más que fortalecer a la AfD.

Ya he aludido antes a la promesa liberal de velar por la ortodoxia económica y financiera en el ámbito europeo. Lindner quiere que se intensifique el control del déficit por parte de la UE y que se instauré un protocolo de abandono de la Unión para aquellos países incapaces de cumplir las reglas. Esta línea dura contradice de modo frontal la seguida hasta ahora por Merkel, que ya tuvo que imponerse a su Ministro de Finanzas, Wolfgang Schäuble, cuando este pretendió forzar la salida de una Grecia en bancarrota. La matrona Merkel no está por la labor de perder a ninguno de sus hijos, aunque sean dísculos y no den muestras de arrepentimiento. Otro motivo de discrepancia es el “impuesto solidario” (Solidaritätszuschlag, conocido popularmente como “Soli”): los liberales quieren suprimirlo sin más, medida a la que se resisten los otros partidos, dispuestos en todo caso a rebajarlo de modo gradual durante los próximos años.

Por su parte, Los Verdes, privados de la bandera antinuclear por el oportunismo de Merkel, centran su política en la lucha contra el cambio climático. En este

.....

Ayudará al entendimiento el clima cultural alemán, propicio a la negociación y al acuerdo en la búsqueda de consenso

—————

contexto se inscriben propuestas variadas, desde reducir la emisión de CO₂ hasta abandonar el uso del carbón pasando por la prohibición del tráfico rodado en las ciudades y de los motores de combustión a partir de 2030. Como es obvio, esas medidas tienen un coste económico considerable. A favor de su implantación hablaría la excelente coyuntura económica que vive el país. En la política de inmigración quieren facilitar el reagrupamiento familiar.

Después de cuatro semanas de sondeos previos, la solución Jamaica queda descartada: las discrepancias programáticas han impedido el acuerdo entre liberales y verdes. Esa ruptura ha permitido tapar las incompatibilidades que habrían aflorado antes o después entre Los Verdes y la CSU. La interrupción de esas negociaciones, que se ha registrado en Alemania y en Europa como un fracaso, tiene algo de positivo: los contenidos han cobrado el protagonismo debido, con lo que implica de respeto a la voluntad del electorado. Está bien que no valga todo para acceder al gobierno, pasando por encima de los idearios y de los programas.

Como los grandes partidos no quieren ni hablar de nuevas elecciones, no quedan más que dos posibilidades: gobierno en minoría de CDU/CSU (con otro socio, que podrían ser tanto el FDP como Los Verdes) o repetición de la gran coalición de CDU/CSU y SPD. Cuando se escriben estas líneas, a final de noviembre, los partidos se disponen a explorar esta segunda fórmula (el gobierno en minoría es una práctica sin precedentes y ajena a la cultura política alemana, de ahí que se descarte de entrada). El SPD ha anunciado que adoptará una posición muy exigente, escarmentado por su

ingrato papel de junior en la anterior legislatura. Además, someterá ese eventual acuerdo a la votación de sus bases, lo que añade otro factor de incertidumbre.

Algunos han reprochado al SPD incoherencia, pues su propósito de rehacerse en la oposición ha durado apenas unas semanas. Puede haber algo de eso, pero en su cambio hay también sentido de Estado: es responsabilidad de todos procurar que un país tan importante tenga pronto un gobierno estable. Ayudará al entendimiento la idiosincrasia alemana, propicia a la negociación y al acuerdo. Y, por supuesto, el afán de poder, que es el hilo más eficaz para suturar proyectos políticos heterogéneos. La continuidad de la gran colación puede acentuar el desgaste de los tres grandes partidos y de sus líderes: en la CDU nadie se mueve mientras no haya gobierno, pero el liderazgo de Angela Merkel es cada vez más cuestionado y no hay garantías de que terminará la legislatura al frente del partido. En estos momentos, sin embargo, la prioridad es dotar a Alemania de un gobierno estable.

PIES DE PÁGINA

¹ Se puede encontrar alguna coincidencia entre los tres en la biografía familiar. Schröder y Fischer acumulaban entre los dos ocho matrimonios –cuatro cada uno– y ningún hijo. Merkel está divorciada y casada en segundas nupcias y tampoco tiene hijos.

² Así acaba de considerarla por séptima vez consecutiva la revista Forbes.

³ Muchos han visto en esas palabras, seguramente con fundamento, un eco del “Yes, we can” de la primera campaña electoral de Barack Obama.

⁴ En 2016 se denunciaron en Alemania 151.000 robos en domicilios particulares, un 40 % más que hace una década. Es decir, se produce un allanamiento de morada cada tres minutos. Las fuerzas del orden solo consiguen esclarecer el 17 % de los casos denunciados. Y, lo que resulta más preocupante, tan solo el 2, 6 % de los delitos acaba con una condena en firme. La propia policía considera que ese porcentaje es alarmante y señala como responsables a jueces y fiscales. Estos se escudan en la sobrecarga de trabajo. El resultado es la bagatelización de ese tipo de criminalidad, que adquiere carta de naturaleza. Apenas trae cuenta denunciarla: los detenidos ni siquiera van a la cárcel de modo preventivo, de lo que les libran fianzas ridículas (en un caso reciente, que afectaba a un imputado croata, de un euro). Esos delincuentes se agrupan en dos grandes categorías: individuos que actúan en solitario (la mayoría son varones, con una edad media de veintiocho años, desempleados y, con frecuencia, adictos que buscan dinero para pagar la droga) y bandas organizadas (la gran mayoría procede de Europa oriental. Por ejemplo, hace unos meses la policía de Munich desarticuló una banda de gitanos que contaba con quinientos miembros y que había llevado a cabo miles de robos en toda Alemania). Especialmente vulnerables resultan las personas mayores y las que viven solas. Las autoridades sanitarias han detectado en esos grupos de población un notable incremento de sensaciones como miedo y angustia: personas que vuelven a casa con temor o que incluso se encierran y no se atreven a salir. Abundan secuelas como estrés o alteraciones del sueño. En resumen, se trata de un fenómeno que ha adquirido unas dimensiones considerables sin que el Estado lo haya registrado como problema digno de incluirse en su agenda. Me he extendido en este punto porque resulta desconocido para la opinión pública española o americana.

⁵ Se trata de una mujer de confianza de Merkel, ministra de Educación en varios de sus gobiernos. Schavan tuvo que dimitir por haber plagiado su tesis doctoral. Antes que ella lo había hecho por el mismo motivo Karl-Theodor zu Guttenberg, ministro de Defensa y la estrella más rutilante de la CSU –incluso se hablaba de él como posible canciller–. Lo picante del caso es que Schavan criticó abiertamente a Guttenberg –“me

avergüenzo de algo así”– cuando ella había actuado del mismo modo. Una vez que su caso salió a la luz, dimitió como ministra, aunque negó en todo momento la acusación. Una denuncia presentada contra ella en los tribunales no prosperó, pero se quedó sin título académico. Merkel no abandonó a su protegida y la nombró embajadora en el Vaticano, con la oposición del Ministerio de Asuntos Exteriores, que se sintió marginado en el procedimiento. El nombramiento de Schavan al frente de la fundación del partido parecía cosa hecha, pues en el organismo que debe elegir al presidente hay muchos leales a Merkel. La votación está fijada para el 1 de diciembre pero, a la vista de la situación creada, Schavan anunció el 10 de noviembre que renunciaba a la candidatura. Una derrota en toda la línea para la Merkel. Parece que ahora nada se opone a la elección de Norbert Lammert, el presidente del Parlamento federal durante las últimas legislaturas. Reúne todas las condiciones: experiencia, prestigio, capacidad intelectual, dotes oratorias. Está por ver si Merkel acepta la derrota de su candidata y deja el paso a Lammert, con el que no se lleva especialmente bien, o pelea hasta el final e intenta colocar a alguien de su cuerda. Al margen de la persona elegida, estamos ante un buen test para medir la correlación de fuerzas en el partido.

⁶ La CSU renuncia a presentar candidatos fuera de Baviera, en el resto de Alemania y, a cambio, la CDU tampoco lo hace en Baviera. En alguna ocasión ha habido diferencias entre ambas formaciones, con la amenaza de romper ese pacto como baza negociadora, pero finalmente ninguna de las dos se ha atrevido a consumir la ruptura.

⁷ Ya lo están en trece de los dieciséis parlamentos regionales, y todo parece indicar que pronto estarán en todos.

⁸ En Alemania es tradición caracterizar a los diversos partidos políticos con colores: negro para la CDU, rojo para el SPD, verde para Los Verdes, azul pálido para la AfD, morado para La Izquierda, azul para la CSU, amarillo para el FDP. La denominación Jamaica recoge los colores de la bandera de ese país, negro, verde y amarillo.

⁹ Para referirse a Angela Merkel se ha hecho popular el término Mutti (“mami, mamita”).

¹⁰ Se trata de un impuesto especial, introducido en 1991 para financiar los gastos ocasionados por la segunda guerra del Golfo. Dejó de cobrarse entre 1992 y 1994 y se reintrodujo en 1995. Supone el 5,5 % de los impuestos pagados por los trabajadores –y por las rentas del capital–, unos trece mil millones de euros al año. Para justificarlo se invocó el coste de la reunificación, pero se trata de un ingreso no finalizado: el Gobierno puede disponer de él con libertad. Se entiende que cualquier gobierno tienda a convertir en impuesto estable algo concebido como solución de emergencia para una necesidad concreta. La voracidad estatal no conoce límites, también en un Estado bien ordenado como el alemán.